

CAPITULO XLI.

Puerto Rico.



INMENSA fué la alegría de los cautivos que Colon y los suyos habian arrebatado de las manos de los caribes.

Sobre cubierta, al distinguir aquellas fértiles campiñas, la alegría se pintaba en sus ojos.

Saltaban y brincaban en torno de sus salvadores y les incitaban á que fueran allí, dándoles á entender que aquella era su patria, que era fértil y populosa y que mandaba un solo cacique.

Añadieron que sus habitantes, pacíficos por naturaleza, habian tenido que armarse para defenderse de los caníbales, sus implacables enemigos, usando clavas y flechas.

Colon que tenia vivos deseos de arribar cuanto ántes á la Española, que á juzgar por el sitio donde se hallaban no debia estar léjos, dispuso que fueran conducidos en botes los cautivos con el objeto de que dieran noticia á sus hermanos de la buena acogida que les habian dispensado, despertando en su ánimo vivos deseos de obtener su proteccion, y prosiguió la marcha por la costa, deteniéndose en una bahía que se hallaba al extremo occidental de la misma.

Desembarcaron algunos por órden suya para reconocer el terreno, y encontraron un lugar indio, construido como todos los demas, en medio de una plaza á la que conducia desde el mar un espacioso camino.

A los dos lados habia jardines con árboles frutales separados unos de otros por enrejados de caña.

Al final de la calle ó senda de que he hablado, habia una especie de atalaya desde la que se dominaba una extension de muchas leguas.

Los habitantes de aquel lugar huyeron al ver la escuadra, y pudieron los españoles visitar con entera libertad el lugar y las viviendas que en él habia.

Todo revelaba una civilizacion superior no solo á la de los caribes, sino á la que habian hallado en la isla de Haiti al final del primer viaje.

Despues de dos dias de descanso, se dirigieron á la isla Española, terminando aquella expedicion á través de las islas caribes que nadie hasta entónces habia visto y que tan erizadas estaban de peligros.

Como tal vez en el curso de esta historia, ó de algunas otras que se refieran al descubrimiento del Nuevo Mundo, tendremos ocasion de ver más de cerca y de conocer á fondo á los caribes, conviene á mi propósito, para dar una idea exacta de los hombres de esta raza, reproducir la opinion que acerca de ellos emite uno de los historiadores más autorizados de Colon. (F)

«Es de todo punto probable, dice, que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente haya derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles.

«Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles.

«Era usanza general entre los naturales de muchas de las

islas y de otras partes del Nuevo Mundo conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos.

«A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada más que los huesos.

«Estos, cuando se encontraron en las viviendas do moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallados entre los caribes, se miraban con horror, como prueba de su canibalismo.

«El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo Mundo, debian necesariamente distinguirlos.

«Se les educaba en las armas desde su infancia.

«Tan pronto como sabian andar les ponian sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano y les preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres.

«Sus atrevidas expediciones marítimas los hacian observadores é inteligentes.

«Los naturales de otras islas no sabian dividir el tiempo más que en dia y noche, en sol y luna, miéntras éstos poseian algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones.

«Las tradiciones que restan de su origen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto comprobarse por hechos geográficos y abren una de las más ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo Mundo.

«Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaches.

«Las primeras noticias que de ellos tenemos los representan con las armas en la mano, continuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y cuidando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida.

«Abandonando luego el continente del Norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur.

«El Archipiélago que se extiende de Puerto Rico á Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela.

«Desde aquel punto lanzábanse á atrevidas expediciones, llevando la guerra á todos los países circunvecinos, que amedrentaban con su presencia.

«Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme.

«Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del país, por donde fluye el Orinoco.

«Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes de Jkonteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros rios de Guayana; y en el país que riegan los caudales del Cayana, y aun parecia que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde entre los indígenas del Brasil habia algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

«El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas Apalaches, en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el Golfo Mexicano y mar Caribe, hasta la costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, seria una de las investigaciones más curio-

sas de la historia primitiva y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interes para el Nuevo Mundo."

El 22 de Noviembre llegó la escuadra al extremo oriental de Haiti, ó la Española, como la llamaba Colon.

Los navegantes estaban ya fatigados y anhelaban el momento de llegar al término de su viaje.

La idea de encontrar à los españoles que allí habia dejado Colon, les halagaba, y apenas supieron su proximidad, el desaliento cesó y el ánimo volvió á sus pechos.

Fué aquel el momento en que la escuadra se presentó á los atemorizados ojos de los vasallos de Guacanajari.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A.

CAPITULO XLII.

Una revelacion dolorosa.

DURANTE la travesía ocurrió á bordo de la *Marigalante* una escena que conviene á mi propósito relatar, por tomar parte en ella dos personajes que sin duda alguna habrán despertado algun interes en el ánimo de mis lectores.

Oscurecido entre los tripulantes iba Américo Vespucio, más anheloso de hallar consuelo á los pesares de su alma que de asistir á los descubrimientos y recrear la vista con aquellas fértiles y pintorescas islas que parecían salir á recibir á las embarcaciones y á ofrecerles gigantescos ramos de flores.

En el mismo navío iba el paje que con tanto interes procuró embarcarse al servicio de Colon.

Tambien se hallaron en su rostro las huellas de una profunda tristeza.

Avidos los navegantes de descubrir tierra prometida, empleados otros en las faenas marítimas, apenas reparaban en ellos.

Pero esa especie de fluido magnético que el vulgo le define con el refran famoso de "Dios los cria y ellos se juntan," les hizo reparar el uno en el otro y simpatizar, porque acaso en el fondo de su alma era uno mismo el pensar que sentian.

Una noche, reunidos los dos sobre cubierta estaban á muy corta distancia, apoyados sobre la galería del navío, bañando sus miradas en la melancólica luz de la luna.